

Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 117 – 4 de diciembre de 2018

Adiós, Susana

Emilio Álvarez Frías

Al parecer, los andaluces, tus paisanos, ya se han cansado de que les vendas la burra. No se han creído lo que les contabas estos días, que si la «derechona» solo quiere llevarse lo poco que tienen, que únicamente tú –con tus muchachos de los Eres– sois los que sabéis mantener el progreso en Andalucía, con una enseñanza de primera calidad, una Seguridad Social de lujo, y un largo etcétera de primera división. ¡Cómo querías engañarlos si es cosa que se ve y se sufre a diario! Eso sí, los fieles de las peonadas y todos los que habéis metido en puestos de la administración para disfrutar de unos jornales sin apenas trabajar, los «manteníos» que dice nuestro colaborador, tenían que votarte por temor a que la cosa en el futuro ya no pueda ser igual. Pero la mayoría se ha dado cuenta de tu esfuerzo en engañarlos. El resultado de las elecciones ha manifestado que ese pueblo cansado y sufrido, los «hartos», han decidido cambiar el voto. Ni confían en ti ni confían en Pedro Sánchez, que también debe ir tomando nota. ¡Ya está bien! han dicho los electores, ese pueblo engañado durante cuatro décadas. Los malabaristas al circo. Ahora solo falta que los calificados como de derechas o extrema-derecha sean capaces de poner por encima de intereses particulares que lo que hay que solucionar es el problema de Andalucía, el problema de España, y ya llegarán tiempos mejores en los que se pueda ir perfilando quién puede aportar las mejores soluciones. Y, muy fundamentalmente, que tienen que trabajar todos para cumplir las necesidades de quienes los han votado, además de las promesas que les han hecho, sin perderse en otras cuestiones como querer emular a la izquierda montaraz en los avances que ellos sugieren y que, como ha quedado patente, solo conducen a deshacer España, romper con su historia, echar por la borda todos los valores de los hombres (varones y mujeres), y lo que se precisa es restituir una enseñanza digna, integran en todas las instituciones del estado el decoro necesario, impedir por todos los medios que sean necesarios se quiebre la unidad de España,

En este número:

- **Adiós, Susana**, Emilio Álvarez Frías
- **Andaluces «manteníos» y andaluces «hartos»**, Ángel Pérez Guerra
- **Las curiosidades de un absurdo senador**, José M^a García de Tuñón Aza
- **El escepticismo de Pérez Reverte**, Manuel Parra Celaya
- **Vindicación de la filosofía**, Javier Barraca Mairal
- **De quién y cómo resulta ser dictador para Pedro Sánchez**, Fernando Valbuena
- **Despenalizar las injurias. Libertad de expresión no es libertad de insulto**, Ramón Rodríguez Arribas
- **Sánchez: Y después de Franco, ¿qué?**, Roberto Blanco Valdés

laboren para que la comunidad nacional encuentre el trabajo preciso para el sostenimiento de las familias, recrear la familia como institución básica de convivencia, sin olvidar reimplantar una justicia justa para todos, y permitir, en suma, que España se regenere en todos los aspectos, disfrute de buena salud en todos los ámbitos, y rebrote entre los españoles la unidad que nunca se debiera haber roto por culpa de los intrigantes y perversos que se han empeñado en deshacer una nación con tanta historia como la nuestra.

Y sé discreta, Susana, no sigas machacando con calificar de extrema derecha los que no piensan como tú, con que van a venir los malos de siempre (aunque son los únicos que mejoran las condiciones de vida en el país). Que si sigues así tendremos que volver a pensar que eres una cantamañanas en lugar de una política con fundamento.

Ni que decir tiene que, a pesar del tiempo invernal que ya nos domina, parece que empieza a salir una primavera en cuanto a la vuelta a la normalidad. Ha empezado en Andalucía y cabe esperar que los españoles del resto del país aviven sus ideas y adviertan que por el camino que llevamos desde hace algún tiempo no se llega a parte alguna en la que se pueda disfrutar de paz y tranquilidad ni resulte gratificante gozar de todos los adelantos que el tiempo va proporcionando a los mortales para que tengan una vida provechosa, digna y honorable. Para celebrarlo hoy salimos, abrigados, eso sí, con un botijo lleno de solera ganada durante lustros de recorrer todos los caminos de la piel de toro, del que no tenemos datos de quién fuera el alfarero que lo trabajó, aunque nos dejó una foto del inidentificable del alfar. Este botijo es una pieza importante para ir con ella a los representantes del PP, Cs y VOX con el fin de recordarles que España es importante cuando sigue los caminos de la tradición, las pautas que nos marcaron tantos y tantos letrados y humanistas como dejaron su enseñanza durante siglos, los hombres de armas que perdieron su vida por los caminos y sembrados de la patria y aún de fuera de nuestras fronteras, y los santos que nos mostraron la forma de hacernos merecedores de la vida que nos había otorgado el buen Dios.



Andaluces «manteníos» y andaluces hartos

Ángel Pérez Guerra

Cuarenta años de socialismo anacrónico bajo unas mismas siglas han configurado en el sur de España un «paisanaje» muy concreto, que podríamos reducir, esquemáticamente, en términos marxistas en dos grandes grupos: los «manteníos» y los hartos. Me explico. El término «mantenío» no es mío. Es de acuñación popular, que diría un lingüista estructuralista. Procede, como las coplas flamencas que tanto juego dieron a la Generación del 27 o a los Machado, de la inspiración anónima, de esas letras que vienen del pueblo y al pueblo van tras pasar por la pluma de los poetas. En este caso, de los sociólogos. Supe de la existencia de este participio calificativo por el obispo auxiliar de Sevilla, como creo haberlo escrito ya en alguna otra ocasión. Sustituía el hombre al titular en una reunión multitudinaria con «fuerzas vivas» de la archidiócesis y se le ocurrió relatar una anécdota para ilustrar una categoría. Y es que, visitando una barriada muy deprimida de Sevilla (algunos «estadistas» o profesionales de las estadísticas dicen que la más pobre de la España urbana), quiso preguntar a los chavales de un colegio aquello de «Y tú ¿qué quieres ser de mayor?». Y el chicuelo se descolgó, como un resorte, con una vocación vital preclara: «Yo, mantenío». «¿Cómo que mantenío? ¿Y eso qué es?». «Po eso es lo que es mi hermano, que va sacando paguitas y chapucitas de un sitio y de otro, y vive mu bien, sin tené que trabajá».

Ésta es la educación que están recibiendo en la Andalucía del PSOE –no ha habido otras distintas generaciones de niños confiados al sistema que Susana Díaz pretende perpetuar, una vez más. Es la Andalucía de los «manteníos», ya sea del campo o de la ciudad, de arriba (que también los hay, y muchos más seguramente de lo que parece) y de abajo, que ya sólo esperan el maná de ir tirando en negro y con cartillas de racionamiento del empleo hasta la jubilación, mientras se habla con unos y con otros, que tienen mano en la Junta para que los «niños» se coloquen en alguna empresa pública sin más filtros que el amiguismo.

Ésos son los «manteníos», legión por cierto en una tierra irredenta y acostumbrada a sobrevivir de migajas que caen de la mesa de las promesas electorales. Los otros, los «hartos», lo son supuestamente por «ricos». Para los «manteníos», según los manuales de la demagogia socialista impartida desde los púlpitos de la televisión y los sindicatos, los «ricos» son los que tienen un puesto de trabajo ganado a pulso tras años de hacer méritos, saber lo que se firma y decir no muchas veces, incluso a los jefes. Son los que hacen su declaración de la renta formalmente cada año y ven cómo a partir de un determinado día del calendario todos sus ingresos son para impuestos que se le retienen de la nómina, sin posibilidad de fraude. Son los que trabajan a destajo con la furgoneta de reparto, pagando el gasoil religiosamente, el IVA, Soci-



edades si se tiene una eseéle, el seguro, el sello del Ayuntamiento, la iteúve, pasando de los 3 a los 43 grados centígrados, cargando y descargando a riñón cubierto de faja para las lumbares... Y luego en casa, la hipoteca, la comida, la luz (¡Ah, la luz, y los gastos fijos que comporta para que el estado siga alimentando la demagogia del partido España 6-Francia 60 centrales nucleares!), el gas, las medicinas (de los estantes vacíos, léase el artículo anterior), los muebles de Ikea porque son más baratos aunque haya que llevarse el domingo montándolos en lugar de descansar), y como mucho el lujo del fútbol...

Hay otros muchos «ricos». La tipología ha de ser, necesariamente, grande, para sostener a tanto «mantenío» y tener «pacificado» al personal. El «mantenío», como el buen salvaje de Rousseau, era bueno de nacimiento. Pero no era tonto, y se fue maleando a instancias del poder socialista, que es el verdadero beneficiario de todo esto. En el mundo de ayer, que diría Stephen Zweig, había beneficiados que gozaban de prebendas en catedrales y parroquias. Hoy, este estamento es más bien una casta, y son los intermediarios en la redistribución de la riqueza entre «hartos» y «manteníos», los «dominadores» y «dominados» de la teoría marxista. Como siempre, el que parte y reparte se lleva la mejor parte. Él o sus amigos, como se está viendo en esas sesiones judiciales de la Audiencia sevillana en la que se investiga y juzga a qué se destinaban los impuestos que podríamos llamar, coloquialmente «IERE», aunque con hache quedarían más ajustados a la realidad: «Himpuestos de los ERE».

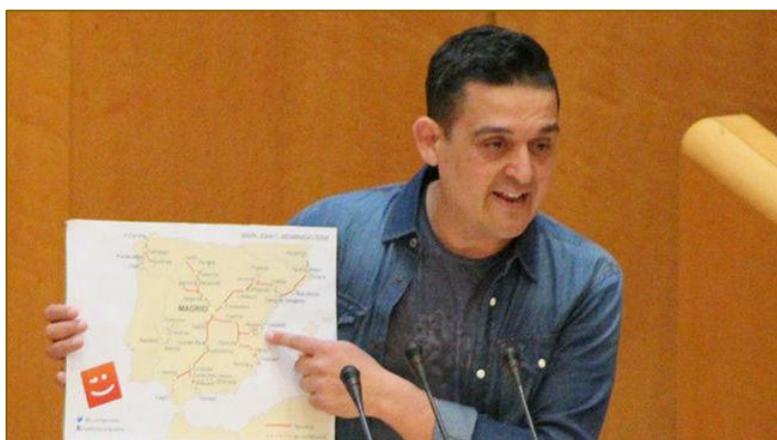
Alguno se preguntará por qué he bautizado como «hartos» a los «ricos», es decir, a los donantes a la fuerza en este paraíso socialista del «Novecento» español. Pues muy sencillo. No, precisamente, porque estén hartos de ganar dinero o malgastarlo –algunos, o tal vez muchos serán así, ¿a qué negarlo?–, sino porque esa buena gente está ya «harta

de estar harta» y seguir pagando la fiesta de los paniaguados. Para mí que, por la vía de las urnas, esto podría cambiar como en su día cambiaron las cosas en aquella sociedad estática de herencia medieval que tanto se parece a ésta decimonónica de mitos y tópicos de la izquierda de la que tan harto está tanto andaluz de buena fe, de bolsillos esquilados y estigmatizado hasta la saciedad por negarse a seguir las consignas de una Andalucía victimista, fracturada en dos y que desde hace cuatro décadas sólo conduce, peligrosamente, utilizando el espejo retrovisor de la izquierda, que es la mejor manera de colisionar de frente con el futuro.

Las curiosidades de un absurdo senador

José M^a García de Tuñón Aza

Carlos Mulet García es un senador de la formación política *Compromís* que, como su intelecto no le da para mucho más, suele dirigirse al Gobierno para hacer preguntas tan absurdas como ésta: «Qué protocolos tiene adoptados el Gobierno ante la posibilidad de una apocalipsis zombi?». Según él, hacía esta pregunta para protestar por la poca calidad de las respuestas del Ejecutivo a interpelaciones parlamentarias muy concretas. En otra ocasión, debido a que el Ministerio del Interior había concedido la cruz al mérito policial a la Cofradía del Cristo de la Buena Muerte, patrón de la Legión en Málaga, el absurdo senador le interesaba saber «¿qué méritos policiales han hecho merecedor al Cristo de la Buena Muerte de esta medalla?». Al mismo tiempo añadió: «¿Acudirá el Cristo de la Buena Muerte a recoger dicha condecoración?».



Ahí quedó la coza de este impresentable sujeto sin que nadie le llamara al orden porque pudiera estar ofendiendo a los creyentes, aunque en esta ocasión no debiera haber ninguno en el hemiciclo por lo que después vamos a ver. Pero es igual, aquí parece que todo vale por aquello de la libertad de expresión.

Libertad de expresión que no siempre se mide por el mismo rasero ya que en otra oportunidad, el presidente del Senado, Pío García

Escudero, tuvo que reprenderle porque el absurdo senador rompió una foto, durante el pleno del Senado, de la entonces presidenta de Andalucía, Susana Díaz. En esta ocasión la Junta de portavoces como la Mesa, expresaron que las formas y las palabras del absurdo senador atentaban contra el decoro de la Cámara. Es decir, está visto que la tan alardeada libertad de expresión no todos la interpretan de la misma forma. En defensa de Susana Díaz salieron casi todos a una. En defensa del Cristo de la Buena Muerte, no hubo ni un solo senador que saliera en su amparo. Lamentable, pero así ha sido.

Como a este senador valenciano le gusta estar en todas las salsas, ha reclamado, en otra ocasión, al Ayuntamiento de Rionegro del Puente, en la provincia de Zamora, que eliminara el nombre de José Antonio de una de sus calles. Pero su odio hacia el fundador de Falange, del que estamos seguro no sabe nada de nada, no termina aquí porque en otra de sus absurdas intervenciones reclamaba al Gobierno que le remitiera las ayudas públicas de una serie de fundaciones entre las que incluía a la Fundación José Antonio Primo de Rivera. De esta última pensó que iba a descubrir petróleo y se encontró que su

patrimonio no llega a lo que, posiblemente, cobra de los impuestos de todos los españoles, al final de cada mes, este irracional individuo.

El escepticismo de Pérez-Reverte

Manuel Parra Celaya

No puedo ni debo ocultar que soy un admirador de Arturo Pérez-Reverte, cuyos libros ocupan un buen lugar de mi biblioteca y del que procuro puntualmente seguir sus artículos, titulados acertadamente *Patente de corso*, en *El Semanal*. Ser admirador no equivale, sin embargo, a adquirir la categoría de *friki* ni de compartir todos y cada uno de sus puntos de vista, cosa que me parece que no sería del agrado del autor. No obstante, suelo identificarme con muchas de sus opiniones, especialmente si se refieren al mundo que nos ha tocado vivir.

Una excepción a este hecho de compartir criterios me la ha proporcionado su *Sonarse con las banderas*, donde hace alusión a ese presentador –*cómico o algo parecido* son sus palabras– que se sonó las narices con la bandera de España; don Arturo despliega aquí una serie de respetables argumentos que bien se pueden calificar de *escépticos*, quizás con una gota de cinismo, sobre cómo suele él mirar las banderas: *no con equidistancia, sino con ecuanimidad*.

Empecemos por lo más positivo a mi criterio: su respeto a esa *buena gente* que ha sabido morir por sus enseñas y símbolos, y su desprecio a *demasiados sinvergüenzas* a los que ha visto *envolverse* en ella para justificar sus trapicheos o sus barbaridades.

Evidentemente, la historia y el presente nos proporcionan abundantes ejemplos de los dos casos, sin exclusión de nacionalidades, de ideologías o de trincheras; el hecho de la coexistencia de estas dos actitudes es inherente a la condición humana y no hay que darle vueltas; idealistas y aprovechados, *héroes y verdugos*, han existido siempre desde que el hombre es hombre y bajo cualquier bandera, uniforme o emblema. El respeto a la dignidad del ser humano también comprende al enemigo o al adversario, desde mi perspectiva.



Con todo, no todos los símbolos, por el hecho de que cobijen a unos y a otros de los señalados, son igualmente representativos de bondades o de maldades, de aciertos o de errores, de beneficios o de perjuicios, del mismo modo que tampoco lo son las ideas que vienen a representar; claro que también dependerá de la particular estimativa de cada cual, de sus circunstancias o de su grado de cultura y de conocimiento.

Así, en nuestro caso, las banderas que representan a la Nación o a una parte de ella deben quedar por encima de preferencias ideológicas o de partidos, y, en consonancia, han de estar protegidas de escarnio por las leyes, como, por cierto, es el caso de la legislación española actual; claro que, en algunos casos, se impone la particular adhesión partidista de un juez...

Por cierto, y ya que hablamos de nuestras banderas, se equivoca Pérez-Reverte cuando dice que Pujol, Mas, Puigdemont y demás *hermanos mártires* se envuelven en *las antiguas barras de Aragón*, la de los almogávares o la de El Bruch, pues ellos prefieren las *esteladas*, burda imitación de las enseñas cubanas o portorriqueñas, cuyo triángulo denota a todas luces su inspiración histórica...

Muchos puntos del artículo de don Arturo merecerían comentario extenso, pero, en razón del espacio que me conceden, me voy a limitar a unas pinceladas. Totalmente de acuerdo en que *si en España hay también humoristas basura* (y aquí el escritor no solo señala, sino que mete el dedo en el ojo), *es porque hay un público que los jalea*; esto merecería por sí solo un profundo estudio sociológico y educativo, pero no es el lugar. Déjenme decir antes de continuar que el artículo que cito también debe leerse *entre líneas*, como aquellos que pasaban la tonta censura del anterior régimen y los que ahora corren el riesgo de ser demonizados por mor de la férrea censura actual de lo *políticamente correcto*...

También estoy de acuerdo en que lo importante es *elegir bien lo que uno ve*, pero no con lo que sigue: *con no verlo, asunto resuelto*; en ese caso viviríamos (y en algún caso vivimos) en el puro relativismo o en un mundo de ensueños, donde es imposible que existan valores comunes para la convivencia, ni siquiera el de la libertad de pensar y de decirlo, pues cualquiera –por ejemplo, la ultraizquierda revestida de *antifas*– puede impedir el uso de la libertad en los demás, y sabotear actos y conferencias, y señalar a todo el que se menea y no está conforme con sus prédicas.

Arturo Pérez-Reverte, en este artículo (y a pesar de la lectura entre líneas que aconsejo) ha querido ser voluntariamente escéptico. Francamente, a la hora de triar páginas escogidas y antológicas de su producción literaria y periodística, en uso de mi libertad de lector y de idealista –y perdón por la arrogancia–, me quedo, por ejemplo, con aquellas en que las narra, maravillosamente por cierto, la heroicidad de nuestros Tercios en Rocroi, o el empecinamiento del chisgarabís gaditano que no quiere arriar la bandera del navío en *Cabo Trafalgar* o en el retrato fiel que hace de los falangistas verdaderos que pretenden liberar a José Antonio en la primera entrega de las aventuras de *Falcó*.

Ahí se muestra don Arturo mucho menos escéptico que en la ocasión del artículo que ha provocado mi respetuoso comentario.

Vindicación de la filosofía

JAVIER BARRACA MAIRAL

Profesor titular de Filosofía de la Universidad Rey Juan Carlos (*ABC*, 3.11.2018).

Acaba de anunciarse a bombo y platillo un acuerdo en favor de la obligatoriedad de la enseñanza de la Filosofía en nuestras aulas escolares de los últimos cursos. Este anuncio supone un buen augurio entre tanta sinrazón y mediocridad. Para saludar sus balbuceantes pasos exponernos, aquí, algunos argumentos en pro de la conveniencia de un planteamiento aquilatado de lo filosófico entre nosotros.

Primero, advirtamos que no debería tratarse tanto de enseñar unas u otras ideas filosóficas particulares, de acuerdo al albur de las respectivas preferencias de nuestros representantes políticos, ya sean estas más platónicas o aristotélicas, más idealistas o realistas, etc. Sobre todo, hay que enseñar y aprender a filosofar. Pensadores españoles como López Quintás insisten en la urgencia de educar para pensar con rigor, Marina en el desarrollo de una inteligencia creativa, Gomá en el afán por la propia ejemplaridad.

Así, antes que aprovechar la ocasión para llenar las mentes con determinadas ideas, lo que nos enriquecería de verdad estriba en formar el hábito de reflexionar cada cual por sí mismo. Si lo logramos, habremos puesto esa piedra angular del único edificio apto para resistir los embates de la asediadora y omnipresente manipulación: la forja de un juicio propio. Alcanzarlo reclama dialogar con los grandes pensadores de todas las épocas: mas calibremos el riesgo que existe, y tanto se prodiga, de incurrir en selectivas exclusiones y flagrantes olvidos.

Debe aplaudirse esta pujante vuelta al escenario social de la Filosofía, que nos llega en forma de nuevos contextos en los que se dice valorarla, como las grandes tecnológicas o las organizaciones entregadas al análisis y la innovación. Esto, pues filosofar no es jamás una actividad superflua banal.

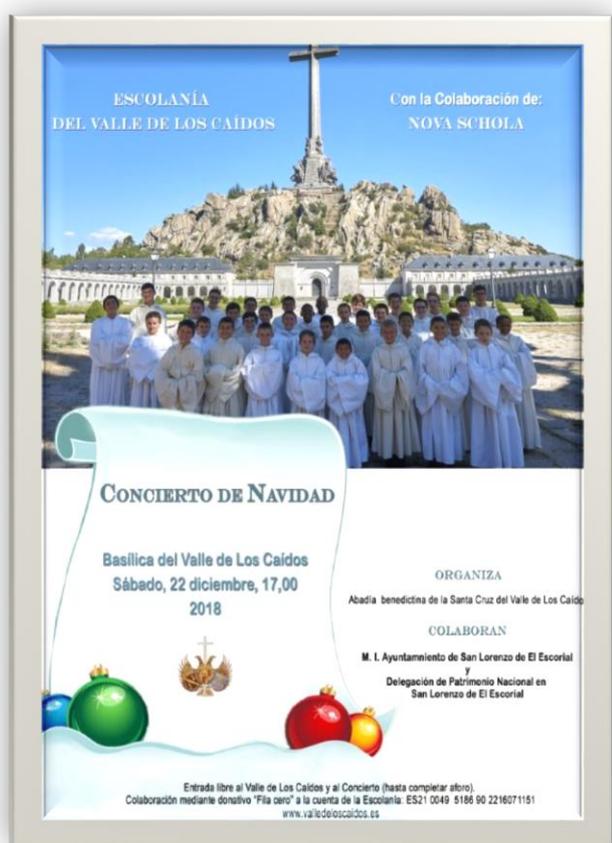
La Filosofía representa una honda y fértil vocación humana. El filosófico no es un saber periclitado u obsoleto, que pertenezca al pasado ni que resulte vano o estéril. Lejos de ello, la actividad filosófica enriquece nuestra existencia desde lo más profundo. Frankl mostró que todo humano constituye un ser en busca de sentido. Atestiguó que este esfuerzo contribuye a nuestra realización, a la lucha personal por vivir humanamente en medio de las dificultades que nos cercan. Con esto, no arribó a un continente nuevo, sino que redescubrió el fecundo territorio que ya antes Séneca o Boecio, junto a tantos otros, habían explorado.

A pesar del incipiente pacto, no son pocos quienes niegan el valor de la Filosofía o que le restan importancia. Demasiados relegan lo reflexivo al destierro, por juzgarlo fútil. Yerran, y no sólo debido al conocido aserto de que nada hay más práctico que una buena teoría. La Filosofía supone una magnífica escuela de reflexión. Aunque insistimos en que requiere mucho más que un mero compromiso formal en su favor.

Junto a la confluencia en la reivindicación, se exige responder interrogantes como: ¿Qué debe aportar el conocimiento filosófico que se pretende facilitar? ¿Cuáles son los cauces y contenidos que han de auspiciarse al enfocar estos estudios y extraer todo su fruto? ¿Qué proyecciones personales profesionales o sociales puede alcanzar esta formación?

Son cuestiones que piden una reflexión serena, que no está garantizada por el mero hecho de este embrión de acuerdo. Porque está muy bien restaurar el aprecio de la Filosofía en las aulas. Pero aún importa más que acertemos a plantear su regreso en las condiciones y con los planteamientos que posibilitan su auténtica fecundidad. El verdadero desafío radica en hacer de la Filosofía ese ámbito de reflexión y maduración que resulta esencial para orientar la existencia hacia los grandes valores y encontrarse con los otros, según los fundamentos de una realización integral.

La Filosofía nos ayuda a abordar preguntas de calado, a ejemplo ayer de Sócrates o Kant, y hoy de Savater o Sandel. Pero no olvidemos que demanda un cultivo adecuado,



cuidadoso. Reconozcamos que las respuestas o referencias proporcionadas por su medio también cuentan. Por eso, no debe verse instrumentalizada en manos de ideólogos e interesados oportunistas, resueltos a utilizarla como caballo de Troya de lo políticamente correcto, de las consignas populistas o individualistas, de los fanatismos de uno u otro signo, revestidos con su capa de cordero.

No se vea en esto falta de entusiasmo hacia las medidas anunciadas, en pro de lo filosófico, por nuestros políticos. Quede asentado el hondo convencimiento de los irrenunciables valores que la Filosofía está llamada a aportar. Hasta osaremos anhelar el que su fértil semilla crezca pujante en el humus de la universidad, el trabajo o los media (se agradece la acogida de ABC a la reflexión, que atestiguan las firmas antaño de Marías, hogaño de Albiac y Sánchez Cámara, entre tantos). Mas, para que este supuesto rescate político de la Filosofía llegue a buen puerto, advirtamos lo complejo y exigente que late en el reto.

De quién y cómo resulta ser dictador para Pedro Sánchez

Fernando Valbuena (*El Periódico Extremadura*)

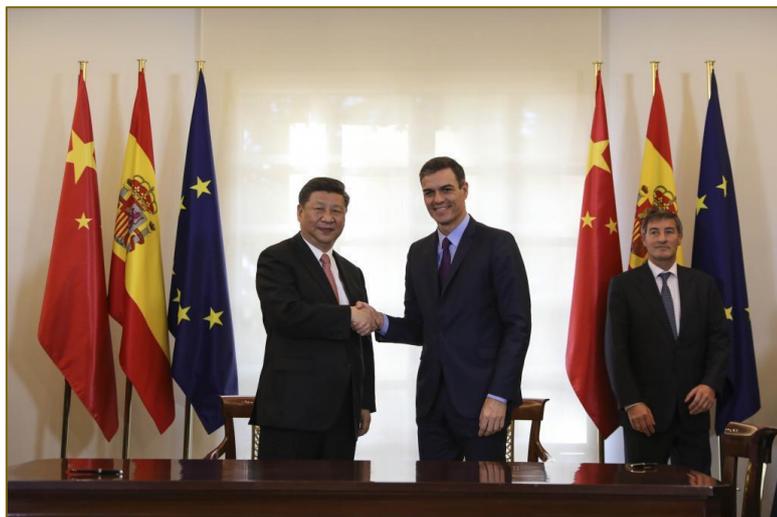
Según Pedro Sánchez, de momento, no habrá elecciones. Lo que no aclara es si se refiere a Cuba o a China. Ignorancia o maldad. La maldad suele ser hija predilecta del más rampante interés. No hace falta ser doctor en nada para saber que las revoluciones socialistas prescinden del siempre engorroso trámite de escuchar la opinión de las masas sojuzgadas. Ignorancia o maldad. Una de dos. No se me ocurre otra causa a la que atribuir el comportamiento de algunos.

De un presidente de gobierno se espera un mínimo de coherencia. ¿Desconoce acaso Pedro Sánchez que en China, según Amnistía Internacional, se detiene de manera arbitraria y se tortura a los disidentes? ¿Desconoce que es el mayor verdugo del mundo? ¿Desconoce que desconocen lo que es celebrar elecciones libres? ¿Desconoce, pongamos por ejemplo, que allí se practica de manera sistemática la extracción de órganos de presos de conciencia sin siquiera su autorización? ¿Desconoce que tanto Cuba como China fueron, y siguen siendo, dos dictaduras? Si lo desconoce es ignorante, pero, si lo conoce, es algo aún peor. Pedro Sánchez lleva dándonos la matraca con la exhumación de los restos de Franco desde que aterrizó en la Moncloa. A moro muerto toda lanzada es pequeña. Parece que hubiera dictadores 1.0 y dictadores 2.0, según convenga al trepa de turno. El presidente, obviamente, usa una doble vara de medir; y la de mentir a conveniencia. ¿Ignorancia o maldad? Pero no descarten nada. Dados sus pobres antecedentes académicos todo es posible.

¿Acaso desconoce que el Partido Comunista es el causante de más de setenta millones de muertes en la República Popular China? No mil, no dos mil. Setenta millones de muertos. El mayor genocidio de la Historia. ¿Acaso desconoce que se estiman en diez mil los asesinados durante la represión que siguió a las protestas de Tiananmen en 1989? Diez mil del tirón. ¿Acaso desconoce que todavía hay homosexuales en la China comunista a los que se les somete a descargas eléctricas supuestamente terapéuticas? ¿Acaso desconoce que la riqueza china solo alcanza a unos pocos? Capitalismo para minorías; porque la inmensa mayoría del pueblo chino padece el socialismo de siempre,

o sea, miseria, hambre y represión. Más de quinientos millones de chinos, según el Banco Mundial, viven con poco más de cien euros al mes. Esos no van a ser precisamente los que nos compren los jamones. Un país, dos sistemas; capitalismo para los afines al

partido y terror socialista para el resto. ¿Ignorancia o maldad?



Vamos a suponer que lo desconozca. Vamos a suponer, por un acaso, que desconozca también que en Cuba no hay esperanza de elecciones desde 1959. Vamos a suponer que no sepa que Cuba lleva casi sesenta años de cartillas de racionamiento y hambruna. A esos compañeros socialistas tampoco les vamos a poder vender jamones. No tienen con qué pagarlos. Trescientos gramos de pollo por persona y mes; esa es toda la proteína, amén de ocho huevos,

que incluye la dieta del cubano. ¡Qué pena de la muy hermosa Cuba! ¿Ignorancia o maldad?

Pero no pasa nada. Cualquier día se prohíbe recordar la verdad. Se prohíbe como se han prohibido las películas de Winnie the Pooh en China. Se aprueba una ley de memoria histórica y se enseña en las escuelas lo que más convenga sobre Franco, sobre Cuba y, por supuesto, sobre China. Nadie ha matado más y mejor que Mao. Y tiene su mausoleo. Como Lenin. Otro que tal bailaba. Que mató menos, pero mató lo suyo. No pasa nada. Ahí está Carmena, que no parece tener reparo en rendir, rodilla en tierra, las llaves de oro de Madrid a un dictador 2.0. De momento solo unas. En eso le sacan ventaja los del Barsa. Ni más ni menos que tres insignias de oro y diamantes rogó el FC Barcelona que aceptara el Caudillo. Origen indubitado de la fortuna de los Franco... (risas). Maldad. Tanta ignorancia solo puede ser maldad.

Despenalizar las injurias.

Libertad de expresión no es libertad de insulto

Ramón Rodríguez Arribas (*El Debate de Hoy*)

Magistrado. Exvicepresidente del Tribunal Constitucional. Presidente de la Fundación para la Magistratura y abogado en ejercicio

El Congreso abre la puerta a la proposición de ley de Podemos para eliminar del Código Penal las injurias al Rey, a las instituciones y a la Iglesia. La medida es innecesaria para proteger la libertad de expresión, que goza de pleno respeto en España.

La pretensión de despenalizar las injurias al Rey, a los símbolos del Estado y a la Iglesia se inscribe en la concurrencia de dos tendencias sociales, desarrolladas con cierta virulencia en los últimos tiempos, pero que han estado presentes desde la Constitución.

Por una parte, no es nueva la tentación de considerar la libertad de expresión como ilimitada para difusión de palabras habladas o escritas, contra el principio general de que

todo derecho y toda libertad tienen límites, porque la ausencia de estos conduce a lesionar otros derechos igualmente respetables y porque la libertad de expresión lo es para difundir «pensamientos, ideas y opiniones» (artículo 20 CE).

La libertad de expresión como blindaje de la ofensa

Ya desde el año 1981 y en tempranas sentencias, el Tribunal Constitucional vino a declarar que «la libertad de expresión no es libertad de insulto», doctrina que se ha reiterado hasta fechas recientes, lo que pone de manifiesto que esa tentación de usar la libertad de expresión como blindaje de la ofensa a personas, principios y valores, apareció muy pronto.

Todo trata de justificarse no solo en la libertad, sino también en el arte, la cultura y la modernidad, cuando la realidad es que ninguno de esos atributos adorna la conducta de quienes cometen injurias al Rey, ofenden a las instituciones del Estado o atacan a la



Iglesia. Para criticar y para sostener criterios opuestos, e incluso para postular cambios radicales, no es preciso tener mal gusto.

La otra tendencia que confluye con la del uso sistemático de la libertad de expresión como vehículo de derribo de dignidades es la que trata de utilizar esos medios, no solo como desahogo de sus fobias y hasta de su odio,

sino también como arma de acción política.

El ataque a los principios y valores que vertebran la sociedad

Y si perverso resulta que la agresión verbal contra cualquier persona, su honor y su dignidad, se produzca impunemente, puede ser aún peor el ataque a los principios y valores que vertebran una sociedad y que se desprecian y se agreden porque se quieren sustituir por otros o simplemente porque no se quiere que haya ninguno, y por eso se trata de destruir su protección jurídica, para poder vilipendiarlos impunemente, desprestigiarlos en la sociedad y finalmente destruirlos.

Por otra parte, nuestro Código Penal castiga las injurias al Rey, junto con las calumnias, en el número 3 del artículo 490, bajo la rúbrica de «Delitos contra la Corona», con penas que oscilan entre la de «prisión de 6 meses a 2 años si la calumnia o la injuria fueran graves, y con la de multa de 6 a 12 meses si no lo son», habiendo hecho los tribunales una interpretación bastante estricta a favor de la libertad de expresión y habiéndose incluso ensanchado más con la jurisprudencia del Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo, que ha enmarcado en la libertad de expresión la pública y frecuente quema de fotografías del Rey por parte de manifestantes separatistas.

Con la misma prudencia se tipifican los delitos «contra la libertad de conciencia, los sentimientos religiosos y el respeto a los difuntos», en los artículos 522 y siguientes del Código Penal, y con prudencia también se aplican por los tribunales, hasta el punto de haberse producido absoluciones en algún caso de irrupción en un acto de culto que se celebraba en una capilla universitaria.

Aún más leve penalmente es la sanción «De los ultrajes a España», a los que solo se destina el artículo 543 del Código Penal, que, en todo caso, se castigan con multa de 6 a 12 meses.

Hay que concluir que la despenalización que se pretende de las injurias al Rey, a las instituciones y a la Iglesia no solo manifiesta una finalidad rechazable, sino que además resulta patentemente innecesaria para proteger una libertad de expresión que es, afortunadamente, plenamente respetada en España.

Sánchez: Y después de Franco, ¿qué?

Roberto Blanco Valdés (*La Voz de Galicia*)

El último montaje electoral de Sánchez ha hecho época. Su fingido patriotismo a cuenta del Peñón finalizó como era de esperar: en un fiasco formidable, culminado con el pasmoso ridículo de intentar vender una patada en el trasero como el éxito rutilante de un Gobierno al que, en realidad, ya casi nadie le hace caso.

La legítima pregunta que, visto el grotesco episodio de este fin de semana, se plantean millones de españoles podría resumirse recordando el interrogante con el que, en 1965, Carrillo tituló, al publicarlo como libro, su informe al VII Congreso del PCE: «*Después de Franco, ¿qué?*».

Porque, en efecto, tras el anuncio con que el nuevo Ejecutivo socialista (el llamado Gobierno bonito, ¿lo recuerdan?) se presentó, por así decirlo, en sociedad –el traslado



de los restos de Franco del Valle de los Caídos a otro emplazamiento–, su gestión ha sido lo más parecido a la nada recubierta del vacío. Sánchez conspiró para llegar a la Moncloa incluso con los partidos golpistas porque, según él, devolver al país la estabilidad y la respetabilidad que había perdido por culpa del PP constituía una necesidad nacional inaplazable.

Menos de medio año después ya pocos dudan de que tal justificación de la censura era solo el modo oportunista con que un hombre sin ideas, principios, ni proyecto encubría su patológica ambición. De Sánchez podrían decir sus adversarios, si tuvieran la cuarta parte de la brillante mala uva que adornaba a Winston Churchill en lugar de la falta de imaginación que ha culminado en la grosería *rufianista*, lo que el gran político británico comentaba de su adversario, el laborista Clement Attlee: «Llegó un taxi vacío al número 10 de Downing Street, se abrió la puerta y bajó Attlee». Aquí lo mismo: llegó un coche vacío a la Moncloa y de él se bajó Sánchez.

Porque, en resumidas cuentas, después del anuncio sobre los restos de Franco (que siguen, por cierto, donde estaban), ¿cuál es el balance del Gobierno?: pues un descalabro estrepitoso en su política de apaciguamiento en Cataluña, un Consejo en el que se sientan varios miembros implicados en asuntos de muy dudosa ética, la ministra más reprobada de nuestra democracia, unos Presupuestos prorrogados y otros que lo serán

casi seguro, una desconfianza generalizada en el populismo económico gubernamental, una bufa actuación en relación con Gibraltar, una intervención escandalosa en RTVE y una soledad parlamentaria que no ha hecho otra cosa que crecer. Y todo ello en medio de un mar de contradicciones y continuos desmentidos.

Si la impudicia de Sánchez no fuera, como es, mayor aunque su ambición, hace semanas que habría reconocido su fracaso y habría hecho lo único que cabe en la situación crítica en que ha puesto a su país: convocar elecciones. El que se resista a hacerlo como gato panza arriba da una idea cabal de quién ocupa hoy la presidencia del Gobierno.